



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

ANEXO

DIDÁCTICA DE LA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN Y DE LA INFORMACIÓN

De poco serviría la elaboración de buenos manuales si sus contenidos no fueran aprendidos cabalmente por las personas a los que van dirigidos. Como indiqué en la introducción, este manual tiene destinatarios diversos. Pero, en primer lugar, están los alumnos de 1.º y 2.º de las Facultades de Comunicación/Información/Periodismo.

Por lo que me centraré en los objetivos y métodos pedagógicos adecuados para que estos alumnos puedan adquirir la sabiduría necesaria sobre la comunicación y la información, que les capacite para el mejor desarrollo de su aprendizaje en las demás asignaturas de la carrera y, cuando la finalicen, para desempeñar con honestidad y rigor su futura labor profesional. Espero que estas indicaciones puedan servirles también a los profesores de secundaria, en aras a realizar esa urgente tarea de la formación del sentido crítico de los ciudadanos ante los medios de comunicación.

A mi entender, lo primero que hay que analizar es la finalidad general de la carrera en el ámbito de la Universidad. En segundo lugar, hay que contemplar cómo esa materia en concreto puede contribuir al logro de esos fines; es decir, determinar sus objetivos específicos. En tercer lugar, es conveniente configurar los criterios, modos y métodos pedagógicos que nos conduzcan a la consecución de esos objetivos. El cuarto paso sería establecer la secuencia temporal de la enseñanza y el aprendizaje del programa de acuerdo con esos métodos. Como los tres primeros puntos los he tratado ya en mi libro *La enseñanza del Periodismo: una propuesta de futuro* (Barcelona, 1999), me limitaré aquí y ahora al último y me atreveré a realizar una serie de sugerencias sobre los ejercicios de análisis, reflexión y aplicación que serían adecuados.

1. Secuencia temporal de la enseñanza y el aprendizaje

Lógicamente, la primera sesión se dedicará a explicar precisamente los objetivos y los métodos de la asignatura, procurando entusiasmar a los alumnos con la apasionante aventura que comienzan y facilitándoles la rápida adquisición del manual.

Tras esa primordial e importantísima clase introductoria, la secuencia es similar para cada una de las partes del programa:

a) Explicación por parte del profesor del capítulo que se va a tratar, indicando su importancia, glosando aquellos aspectos más difíciles de entender, ejemplificando algunos pun-

tos y, sobre todo, animando a los alumnos a que lo lean detenidamente, anotando en un folio las dudas, objeciones y reflexiones que su lectura les suscite.

b) En la sesión siguiente, el profesor recopilará las reflexiones realizadas por los alumnos y las irá contestando convenientemente, procurando constituir un diálogo vivo entre todos. Poco antes de finalizar la clase, el profesor animará a los alumnos a que expongan en un folio sus conclusiones más significativas y a que las guarden en la carpeta de la asignatura, e indicará el tema del siguiente capítulo.

c) El profesor explicará el siguiente tema y hará lo mismo que se ha indicado para el primero, o bien, en aquellos capítulos más asequibles, pueden invertir el orden, esto es, que, antes de la explicación del profesor, los alumnos lean el capítulo y tengan ya preguntas preparadas, dedicando entonces a esa «rueda de prensa» dos sesiones.

d) Una vez acabados los capítulos de cada parte, el profesor expondrá los ejercicios de análisis, reflexión y aplicación que todos tienen que hacer y aquellos otros que son voluntarios, explicando el porqué y el para qué de cada uno de ellos en relación con su formación como futuros informadores.

En el supuesto de que se sigan las cinco partes de este manual, más el epílogo, y se añada una parte más no incluida en él, esta secuencia temporal abarcaría la casi totalidad de los créditos, y daría tiempo a dedicar varias sesiones a recibir individualmente a los alumnos para explicarles las correcciones a sus trabajos y a comentar diversos temas de actualidad relacionados con el programa de la asignatura.

2. Ejercicios de análisis, reflexión y aplicación

2.1. AL FINALIZAR LA I PARTE

a) Voluntario. *¿En qué tema o aspecto de lo que hemos estudiado le gustaría profundizar? Elija tres de los libros que se citan en la bibliografía y consulte con el profesor cuál de ellos le vendría mejor para satisfacer sus deseos. Lea el libro y haga las fichas de contenido (y de reflexión propia sobre ellos) que considere pertinentes. Cuando acabe, concierte una cita con el profesor para comentarlas.*

b) Voluntario. *Abra una carpeta con tres apartados: información/desinformación/manipulación. Cuando lea la prensa, escuche la radio, vea la televisión o busque informarse por Internet, tenga presente los criterios que hemos estudiado y vaya rellenando esos epígrafes con ejemplos paradigmáticos.*

c) Obligatorio. *Lea detenidamente los siguientes textos, y reflexione acerca de su relación con lo que ha analizado en el manual de la asignatura y hemos considerado en clase. Escriba sus reflexiones sobre tres de ellos como mínimo. Procure ser breve y claro.*

- En octubre de 1987, Zhao Ziyang solicitó los servicios de asesoría de Peter Drucker para estudiar los problemas y oportunidades de la nueva política aperturista emprendida en el país más poblado del planeta. Peter Drucker no tiene muchas esperanzas, al menos de momento, en esta larga marcha hacia una mayor libertad. Su principal argumento es el escaso número de universitarios: el 0,1 % de una población de mil millones. Zhao Ziyang le explicó la razón: «Los estudiantes hacen preguntas.» La ignorancia es por eso la mejor arma para gobernar un pueblo. (*Actualidad Económica*, 6-VI-1988, p. 135).

- Yo puedo proponer un curso de acción a alguien de dos modos, que son ofrecerle razones para actuar, o tratar de influirle por vías no racionales. Si hago lo primero, lo trato como a una voluntad racional, digna del mismo respeto que a mí mismo me debo, porque al ofrecerle razones le ofrezco una consideración impersonal para que la evalúe [...]. Por el contrario, la tentativa de persuasión no racional envuelve la tentativa de convertir al agente en un mero instrumento de mi voluntad, sin ninguna consideración para con su racionalidad. (Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud*, p. 68).
- Llamamos manipulación a todo aquel proceso por el cual se trata al hombre como cosa. Se pretende, al menos, su cosificación. A través de la manipulación de las informaciones, se intenta imponer al ser humano un estilo de vida que, probablemente, rechaza en lo más hondo de su ser, en aquel «fondo insobornable» de que hablaba Ortega, o al menos no dejarle elegir entre distintas alternativas vitales, sino insertarle en aquella actitud, que sea del gusto de los que mandan o sirva a sus intereses. (Alberto Miguel Arruti, *Información y Derechos humanos*, p. 135).
- Leemos en la *Ética de Nicómaco*: «El principio de la acción —aquellos de donde parte el movimiento, no el fin que persigue— es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada a un fin. Por eso, sin entendimiento y reflexión, o sin disposición moral no hay elección.» Esto nos aclara algunas otras formas de atacar la dignidad humana. A veces se piensa que el gran agravio contra la dignidad humana es impedir la acción, privar de la libertad física, obligando a una omisión o a una acción no deseada. Sin embargo, esto es una apreciación errónea [...] «Mucho más graves son los ataques contra la libertad interior, cuando se impide que la acción pase por el tamiz de la deliberación, de la reflexión, de modo que se actúa de modo instintivo más que racional. Esto puede ocurrir de diversos modos, por ejemplo, cuando se intenta conseguir en las actuaciones del hombre unas respuestas-tipo, causadas por una influencia que haya seguido las pautas del reflejo condicionado, con el que intentamos amaestrar a los animales» (J. A. Ibáñez-Martín, *Hacia una formación humanística*, p. 54).
- Para Revel (*El conocimiento inútil*, p. 117). «la ideología es la principal fuente de perturbación de la información, porque precisa de una mentira sistematizada, global y no solamente ocasional. Para permanecer intacta debe defenderse sin tregua del testimonio de los sentidos y la inteligencia. Esa lucha agotadora lleva a aumentar de día en día la dosis de mentira requerida para hacer frente a las evidencias que se desprenden de lo real inexorable».
- La democracia no puede vivir sin una cierta dosis de verdad. No puede sobrevivir si esa verdad queda por debajo de un nivel mínimo. Este régimen, basado en la libre determinación de las grandes opciones por la mayoría, se condena a sí mismo a muerte si los ciudadanos que efectúan tales opciones se pronuncian casi todos en la ignorancia de las realidades, la obcecación de una pasión o la ilusión de una impresión pasajera. La información en la democracia es tan libre, tan sagrada, por haberse hecho cargo de la función de contrarrestar todo lo que oscurece el juicio de los ciudadanos, últimos decisores y jueces del interés general. Pero ¿qué sucede si es la misma información la que se las ingenia para oscurecer el juicio de los jueces? Ahora bien ¿acaso no se ve muy a menudo que los medios de comunicación que cultivan la exactitud, la competencia y la honradez constituyen la porción más restringida de la profesión, y su audiencia, el más reducido sector del público? ¿No se observa que los periódicos, emisiones, revistas o debates televisivos, las campañas de prensa que agitan las profundidades y originan los más poderosos oleajes, se caracterizan, salvo excepciones, por un contenido informativo cuya pobreza corre parejas con su falsedad? Incluso lo que se llama periodismo de investigación, presentado como ejemplo típico de valentía y de intransigencia, obedece en buena medida a móviles no siempre dictados por el culto desinteresado a la información, aunque ésta fuera auténtica. Frecuentemente se pone de relieve un dossier porque es susceptible, por ejemplo, de destruir a un hombre de Estado, y no por su importancia intrínseca; se deja de lado o se minimiza tal otro dossier, infinitamente más interesante para el interés general, pero desprovisto de utilidad personal o sectaria a corto plazo. Desde fuera, el lector distingue apenas, o en absoluto, la operación noble de la operación mezquina (Jean François Revel, *ibid.*, p. 12).

- Mill, hace más de un siglo, hablaba de que se atacaba la libertad de opinión cuando se intentaba ganar adeptos de forma reprobable. Estos modos eran: «Discutir de manera sofisticada, suprimir hechos o argumentos, exponer inexactamente los elementos del caso, o desnaturalizar la opinión contraria... El medio más reprobado que puede emplearse en una polémica es estigmatizar como hombres peligrosos e inmorales a los que profesan la opinión contraria» (en *Libertad*).

- Desde determinados partidos políticos se ha afirmado *excátedra* que la Iglesia no condena el terrorismo de ETA. Y me he quedado sorprendido de cómo se ha coreado esa mentira. Pero esto tiene una explicación posible. Como maestro por excelencia de la gran mentira, Adolf Hitler escribió en su tratado político *Mein Kampf*, «la magnitud de una mentira siempre contiene un cierto factor de credibilidad, y es así como las grandes masas de gente muy en el fondo de sus corazones tienden a ser corrompidas, más que con maldad consciente e intencionada. Por lo tanto, en vista de la simplicidad primitiva de sus mentes, ellos caen más fácilmente víctimas de una mentira grande que de una pequeña, aunque ellos mismos mienten en pequeñas cosas, pero tendrían vergüenza de decir mentiras que fuesen demasiado grandes. Tamaña falsedad nunca entrará en sus cabezas, y ellos no serán capaces de creer en la posibilidad de que otros tengan tal monstruoso descaro e infame tergiversación». En estas palabras se expresa con claridad meridiana la preocupación que algunos tenemos al ver cómo ciertos engaños de proporciones descomunales transitan por el mundo sin que éste reaccione con la más mínima muestra de escepticismo. El hombre contemporáneo prototípicamente escéptico, ese que ve con ojos burlones cualquier cosa que denote religión o creencia, cae con espeluznante rapidez ante enormes mentiras que ni siquiera están avaladas por argumentaciones creíbles y corroborables. El hombre escéptico del que hablamos, es un niño de pecho a la hora de mamar un jingle que marcará por siempre su opinión respecto a un punto. Así, frases como «fulano es un dictador homicida», «tal cosa es tóxica para el planeta», «en ese lugar murieron X millones de personas por culpa de mengano», «tal organización era perversa», etc., etc., son clichés tan incorporados, tan poco razonados, que es muy común encontrarse con que frente a determinado incidente todo el mundo piensa igual y se expresa hacia ello con las mismas palabras. ¿Acaso es que el mundo se encuentra en tal armonía y unión de pensamiento? ¡Qué va! No es necesario dar respuesta a eso... (de una carta al director en hispanidad.com, 14 de marzo de 2001).

- Debemos cuidar mucho de despojarnos de nuestras ideas y afecciones y guardarnos de pensar que los demás obrarán como obraríamos nosotros. La experiencia de cada día nos enseña que el hombre se inclina a juzgar de los demás tomándose por pauta a sí mismo. De aquí han nacido los proverbios «Quien mal no hace, mal no piensa», y «Piensa el ladrón que todos son de su condición». Esta inclinación es uno de los mayores obstáculos para encontrar la verdad en todo lo concerniente a la conducta de los hombres; ella expone con frecuencia al virtuoso a ser presa de los amaños del malvado, y dirige a menudo contra probada honradez, y quizá acendrada virtud, los tiros de la maledicencia. La reflexión, ayudada por costosos desengaños, cura a veces este defecto, origen de muchos males privados y públicos; pero su raíz está en el entendimiento y corazón del hombre, y es preciso estar siempre alerta si no se quiere que retoñen las ramas. La razón de este fenómeno no sería difícil explicarla. En la mayor parte de sus raciocinios procede el hombre por analogía. «Siempre ha sucedido esto; luego ahora sucederá también.» «Comúnmente, después de tal hecho sobreviene tal otro; luego lo mismo acontecerá en la actualidad.» De aquí dimana que tan pronto como se ofrece la ocasión de formar juicio apelamos a la comparación; si un ejemplo apoya nuestra manera de opinar, nos afirmamos más en ella, y si la experiencia nos suministra muchos, sin esperar más pruebas, damos la cosa por demostrada. Natural es que necesitando comparaciones las busquemos en los objetos más conocidos y con los cuales nos hallamos más familiarizados; y como en tratándose de juzgar o conjeturar sobre la conducta ajena hemos menester calcular sobre los motivos que influyen en la determinación de la voluntad, atendemos, sin advertirlo siquiera, a lo que solemos hacer nosotros y prestamos a los demás el mismo modo de mirar y apreciar los objetos (Jaime Balme en *El criterio*).

- ¿De qué se habla? ¿Qué se presenta ante nuestros ojos y oídos? Se comentan intermi-

nablemente los aspectos tétricos, lamentables, bochornosos, monstruosos que «también» se dan en nuestro mundo. La ración de horrores, crímenes, violencias, vilezas, mentiras, es considerable. Pero ¿cuál es su volumen real, qué representa al lado de lo positivo, normal, vividero, estimulante, «soleado»?

Cuéntense las páginas que los periódicos dedican invariablemente a lo indeseable, repugnante, odioso, mientras queda desatendido, justamente en la sombra, todo lo luminoso. Hágase el censo de las figuras que se podrían presentar como admirables por cualquier motivo, compárese con la interminable lista de las que provocan decepción, desvío, vergüenza de la condición humana.

Una experiencia cotidiana es activar los diversos canales de la televisión. Con alguna excepción insegura, se oyen golpes violentos, disparos, explosiones y coches o edificios que aparecen envueltos en llamas. La inevitable ración de violencia. Cuando el estruendo se apaga, se oyen las palabras; por lo general, gritos más o menos articulados. Cuando se distinguen las palabras, y se puede «entender» algo, se perciben casi siempre los registros ínfimos del lenguaje, aquello que hace no mucho tiempo rara vez se oía y nunca se leía.

Hay que decir que así no se habla en la realidad, salvo excepcionalmente, en medios en que no se circula, pero la presencia de los medios de comunicación en la televisión y el cine finge un nivel enteramente artificial y falso, que opera por contagio y termina por pasar por verdadero para aquellos que se nutren de esos productos. Programas enteros, «debates», películas crean un lenguaje irreal, repelente, que tiende a desplazar la elocución normal en nuestra lengua.

Esa ficción anula la verdadera instalación lingüística, la suplanta por una corrupción que logra éxito por el poder cuantitativo de la publicidad y su repetición incansable.

La dificultad de restablecer el uso auténtico es considerable, porque en algunos «géneros» la degradación es abrumadora.

La consecuencia de todo esto, a lo que no se suele dar importancia, es devastadora. Se produce, en zonas significativas de la sociedad, una «instalación» en niveles de violencia, desmoralización, ignorancia, que en su volumen real son desdeñables, pero reciben el impulso y hasta el «prestigio» de lo que repugna a la inmensa mayoría.

La reiteración es la gran fuerza; a fuerza de ver y oír a diario, con la eficacia de la palabra, la imagen, la presencia humana, la voz, el gesto, todo eso adquiere una realidad ficticia que no le pertenece. No creo que todo eso sea azaroso, improvisado y espontáneo. Para unos, es la esperanza del éxito fácil, de lo que se presenta como «actual». Para otros responde a un propósito definido y cuidadosamente preparado, a una manipulación de la realidad en una dirección determinada.

Me preocupa la atención que se dedica a lo indeseable y que, por sí mismo merece muy poca. Cada vez que se produce un crimen repugnante, se lo presenta, comenta interminablemente, y con lujo de detalles, que pueden ser «condenatorios» pero que se convierten en inmensa propaganda.

Algo semejante sucede con la mentira deliberada y sistemática, que puede ser el nervio de la táctica política. A los profesionales de ella no tiene sentido hablarles, ni apenas hablar de ellos. Una escueta mención, con las concisas razones que invalidan la mentira, sería suficiente. ¿Para qué enfrascarse en discusiones con los que por supuesto no creen lo que dicen, porque acaban de forjarlo, ni se van a convencer ni por las razones más evidentes?

Habría que poner al lado de ese derroche vano de palabras el obstinado y compacto silencio que se guarda respecto a personas y asuntos de los que nunca se habla, a veces durante años y por medios de comunicación cuyo deber sería informar acerca de la realidad. De estos silencios culpables, que significan la inversión del deber informativo, nunca se habla, se los envuelve en otro silencio, para que su eficacia sea mayor.

No creo que fuese muy difícil disminuir las sombras de este mundo, que «tiene sus noches, y no pocas», como decía San Bernardo, y dilatar el lado soleado de la vida, de manera que sea fecundo y estimulante residir en él (Julián Marías, en *ABC*, 9-VI-2000, p. 3).

• EULOGIO LÓPEZ. **En nombre de la ciencia**

Anna Veiga está preocupadísima, sufrida y dolida. Declara sentirse totalmente «*decepcionada*», porque la ministra española de Sanidad, Celia Villalobos, no convoca a la Comisión Nacional de Reproducción asistida, encargada de dictaminar sobre el futuro de los cerca de 35.000 embriones humanos, es decir, personas, que se hacían en los frigoríficos de las clínicas que practican la fecundación *in vitro* (FIV). A la cabeza del ranking frigorífico, se cuenta la clínica Dexeus, donde trabaja la señora Veiga, que tiene congelados más de cinco mil embriones y le urge utilizarlos como carne humana en la que afianzar su curriculum profesional. En beneficio de la ciencia y de la terapia, claro está.

La precitada comisión siempre ha sido una jaula de sierpes. Corrupta en su propia naturaleza, porque resulta que debe informar sobre el destino de cerca de 35.000 personas, a ser posible en beneficio propio. Muchos de los componentes, ya que los que defienden la vida humana no se les permite hablar, representan a clínicas FIV. Por tanto, entre las tres opciones para esos embriones: adoptarlos, utilizarlos como cobayas humanas o quemarlos, naturalmente optan por la segunda. Así tendrán material para su industria. Sin olvidar, el pequeño detalle, que esos óvulos fecundados, embriones sobrantes de la fecundación *in vitro* se han multiplicado porque los médicos odian equivocarse, un mal paso en su historial, y por tanto fecundan muchos más óvulos de los que implantan a las aspirantes a madres. Sin olvidar, sobre todo, el gran engaño de dedicar embriones para investigación científica y creación de tejidos: esos tejidos terapéuticos pueden desarrollarse a partir de cualquier célula madre, no necesariamente rajando a embriones humanos, es decir, personas. Lo que ocurre es que para Anna Veiga y sus colegas es más cómodo utilizar a personas como cosas. Los tienen allí mismo, en el congelador. Y Anna Veiga lo sabe.

La única salida ética consiste en adoptar esos embriones. Pero, naturalmente, si se siguen haciendo operaciones FIV el número de embriones continuará creciendo y será imposible adoptar a tantos (procedimiento, además, técnica y humanamente complejo). Y Anna Veiga lo sabe.

Lo que la clínica Dexeus pretende es vencer la campaña de imagen por la vía del punto medio. Al más consumado progresista se le pueden revolver las tripas si se queman embriones humanos. El Gobierno Aznar no está dispuesto a sufrir esa merma de imagen. Puede que la conciencia del Ejecutivo sea laxa, pero su estómago es delicado. Por otra parte, la adopción es muy compleja, sobre todo porque Anna Veiga y sus colegas continúan creando embriones como locos. Por tanto, recuerden que en el punto medio está la virtud, ellos, científicos filántropos, o así, proponen la vía de en medio, la utilización de los embriones como terapia génica, que es lo que les puede proporcionar mucho dinero. Además, les liberaría de unos lamentables gastos de almacenamiento.

Por cierto, la teoría del punto medio es la misma que están utilizando los científicos escoceses que crearon a *Dolly*. Ahora se rasgan las vestiduras con la clonación humana, porque según ellos, y será lo más probable, puede producir seres deformes, monstruos humanos. Así que lo más seguro es utilizar a los embriones, que en su delirante imaginación se supone que son monstruos no humanos para curar «muchísimas enfermedades». Células madre no, embriones humanos sí. Es más sencillo.

Y miradas de periodistas aplauden el desvelo científico de la opción. Esto es, preparan el terreno para que una sociedad cloroformizada acepte la barbarie cotidiana... en nombre de la ciencia.

Todo en nombre de la ciencia... y por la pasta, oiga usted (en Hispanidad.com, 4-IV-2001).

2.2. AL FINALIZAR LA II PARTE

a) Voluntario. *Piense y haga lo mismo que hizo al terminarse la primera parte respecto al tema en el que quiere profundizar y el libro que le conviene leer...*

b) Voluntario. *Añada en su carpeta un apartado en el que, tras construir una planti-*

lla adecuada, vaya reflejando el tipo de periodismo preponderante en los medios que habitualmente sigue.

c) Obligatorio. *Elija una sección especializada de un medio de información general. Analice detenidamente si cumple o no, y en qué medida, los requisitos de la buena información especializada. Escriba sus conclusiones.*

d) Obligatorio. *Lea despacio los siguientes textos y piense acerca de: si había leído o escuchado argumentaciones de este tipo en los medios que sigue habitualmente; ¿por qué?; ¿en qué tipo de periodismo encuadraría esos textos?; ¿qué valor informativo tiene cada uno?... Escriba sus reflexiones con claridad.*

- [...] Los lectores prudentes, incluidos los de *The Economist*, nunca deben olvidar que hay mentiras, grandes mentiras y estadísticas, y entre las más grandes se encuentran las relativas a catástrofes, naturales o causadas por el hombre.

Tal vez haya que recordarlo a los lectores británicos, que acaban de pasar una semana en que los periódicos se han cebado en un espantoso accidente ferroviario. Durante los dos días siguientes el total de víctimas subió casi a cada minuto hasta «al menos cien muertos —según un diario popular—, y podrían ser muchos más. Incluso no menos de 170». *The Times* calculó 70 muertos y cien desaparecidos.

No es extraño que, para *The Sun*, se tratara de «la peor catástrofe en tiempo de paz». Nosotros mismos dijimos que habían muerto «al menos 70 personas». En realidad, una semana después del accidente, el total de víctimas quedó en 35, cosa que pocos periódicos publicaron en letras tan grandes como las que habían usado unos días antes.

En abril pasado nos hicimos eco de los cálculos del Departamento de Estado norteamericano, según el cual en Kosovo se había matado a 100.000 personas. Aunque éramos escépticos, en junio, al acabar la guerra, nos habíamos tragado —si bien con un poco comprometedor «quizás»— el número de 100.000 kosovares muertos a manos de los serbios. Hoy, pocas autoridades ponen el total por encima de 10.000.

[...] En medio del humo de la guerra o de una catástrofe es, por supuesto, imposible saber a ciencia cierta el número de muertos o heridos; pero los lectores quieren una estimación. Así que la palabra «quizás» no siempre es —quizás— tan poco comprometedor, al fin y al cabo. Sin embargo, los periodistas rara vez rebajan sus estimaciones según pasa el tiempo. El primer número —«hasta ciento»— pronto se convierte en «unos cientos», luego, a menudo, «quizás mil». Los periodistas quieren promocionar sus crónicas; los editores, sus periódicos; el personal de asistencia, sus organizaciones. Hasta los funcionarios gubernamentales pueden pretender ganarse simpatías. El 24 de agosto, el total oficial de víctimas del terremoto de Turquía era un aparentemente preciso 17.997. Al día siguiente había bajado al no menos preciso 12.514.

Esto sugiere algunas reglas para periodistas, como: desconfiar de los datos provenientes de fuentes interesadas, dejar claro que el número que se acepta es sólo una estimación, y, si luego resulta ser erróneo, reconocerlo. Pero también los lectores deben guardarse de exactitudes espurias, inflación manifiesta y la persistente tendencia de los periodistas a exagerar. Cualquiera que sea el poder de la prensa en general, cuando se trata de matar gente, la pluma es ciertamente más poderosa que la espada (*The Economist*, 16-X-1999).

• Supermercado de embriones

ANÁLISIS

Las nuevas técnicas de reproducción siguen un camino predecible, en varias etapas. Primero son recibidas con «rechazo horrorizado»; luego, con «rechazo sin horror»; a continuación,

se ven haciendo objeto, «lenta y gradualmente, de curiosidad, estudio, evaluación y, por fin, van siendo —poco a poco pero sólidamente— aceptadas». El itinerario fue descrito por dos especialistas en fertilidad, Sophia Kleegman y Sherwin Kaufman, hace treinta años (citado por Lori Andrews en *International Herald Tribune*, 3-XII-1997).

Al principio, la fecundación *in vitro* (FIV) se usaba como último recurso para matrimonios estériles. Pronto se extendió a casos de madres solteras, de lesbianas o de viudas que querían una inseminación *post mortem*. Como el deseo humano admite una expansión ilimitada, quienes acuden a la FIV ya no se conforman con tener un hijo: empezaron pidiendo uno sano, con certificado de garantía; luego pasaron a elegir también el sexo; ahora lo quieren rubio o moreno, escogido entre los disponibles en catálogo.

Esto no es una fantasía a lo Huxley. Al menos en Estados Unidos, varias clínicas dedicadas a la FIV seleccionan espermia y óvulos de donantes para producir embriones humanos con diversos *pedigrees*, que después congelan, a fin de que los clientes elijan los de las características deseadas (cfr. *International Herald Tribune*, 24-XI-1997). La práctica está en auge, pues presenta varias ventajas. Primera, ahorra a los clientes las molestas pruebas y tratamientos de estimulación ovárica que preceden a la fecundación *in vitro* por la vía habitual. Es verdad que alguna otra mujer ha tenido que pasar antes por eso; pero es una donante retribuida con unos mil dólares o una cliente de la clínica que ha dejado allí embriones sin usar; en este último caso, pues, se aprovecha material sobrante. Finalmente, un juego de embriones prefabricados cuesta 2.750 dólares, mucho menos que la FIV normal (unos 16.000 dólares).

Las clínicas procuran hacer una cuidadosa selección de donantes —o vendedores, en no pocos casos— de gametos, a fin de tener un catálogo amplio de embriones para todos los gustos. Pero, naturalmente, hay modelos más apreciados que otros. En las universidades de elite no es raro ver anuncios que buscan jóvenes caucasianas, rubias y de buena estatura, dispuestas a ceder óvulos a cambio de una compensación económica por las molestias. Sin embargo, también se ofrecen embriones de padres biológicos eslavos o latinos, y mestizos de distintas combinaciones.

• Siguiente paso: la clonación

El paso del horror a la aceptación está verificándose también, y rápidamente, con otra técnica reproductiva. Unos meses después del espanto casi unánime ante la posibilidad de clonar seres humanos, cuando se conoció el caso de la oveja *Dolly* (ver servicio 34/1997), ya ha empezado la fase de curiosidad y evaluación. En Estados Unidos, algunos centros de fecundación artificial, que en la primavera pasada aseguraban que jamás realizarían clonaciones de humanos, ahora se lo están planteando; otros han comenzado a experimentar (cfr. *International Herald Tribune*, 3-XII-1997).

No debe sorprender el cambio de actitud. Si se admite la obtención de hijos a la carta con la FIV, no se tiene ya razones para descartar la clonación, que es una técnica más perfecta para conseguir ese objetivo. Así lo prueba el caso de Steen Willadsen, científico estadounidense que ideó los métodos usados con *Dolly* y ahora trabaja en una clínica dedicada a la FIV. Dice que no ve objeción ética alguna a la clonación humana, y añade: «Soy una persona que inventa técnicas; no me corresponde decir como deberíamos usarlas.» Este crudo amoralismo muestra que la técnica, una vez separada de la ética, va sola y no se puede parar.

• El problema está en el origen

Al comentar el nuevo servicio que ya se presta, Lori Andrews, profesora del Chicago-Kent College of Law, describe este fenómeno como «un supermercado de embriones». Precisamente porque preveía que se llegaría a esto, Jacques Testart, pionero francés de la FIV, abandonó sus in-

investigaciones en 1986. Aquel mismo año predijo el itinerario de la FIV en su obra *L'œuf transparent*: «La próxima etapa es el diagnóstico genético para conocer, primero, el sexo del embrión; segundo, su normalidad cromosómica, y finalmente, quizá dentro de veinte o treinta años, la posibilidad de determinar el color del pelo o la estatura», y vaticinaba lo que hoy está cerca de ser realidad: «Podemos encontrarnos un día con niños *elegidos* como se elige un perro en una perrera: color del pelo, altura de las patas, forma de las orejas o aptitud para la caza» (ver servicio 144/1986).

Desde el principio, Testart ha advertido que la FIV se transformaría de remedio contra la infertilidad en técnica de selección genética, pues los métodos de reproducción artificial entrañan una mentalidad que conduce a la eugenesia. Algunos creen exagerado el aviso, porque el término *eugenesia* tiene resonancias hitlerianas. Pero a quienes creen que «no hay riesgo de eugenesia mientras estemos en un régimen democrático», Testart advertía en 1992, cuando publicó su libro *Le désir du gene*, que «la eugenesia es una teoría de mejora de la especie humana, que no necesita en absoluto de un régimen nazi» (ver servicio 125/1992).

En efecto, los que hoy recurren a la selección de embriones prefabricados no son ningunos Mengeles, sino gente normal, con el deseo de tener un hijo a toda costa. Pero, ante la posibilidad de elegirlo a su gusto, de hecho practican la criba genética. De sus clientes dice un médico de una clínica de Manhattan que ofrece este servicio: «En privado, los más liberales discriminan tanto como el que más» (*International Herald Tribune*, 24-XI-1997).

A diferencia de las terapias contra la infertilidad, la reproducción artificial no consiste simplemente en ayudar a la naturaleza, sino en sustituirla. La procreación se convierte así en un proceso técnico-productivo en el que rigen, naturalmente, los criterios de utilidad, eficacia y rentabilidad. Por tanto, presupone en los padres una mentalidad posesiva, de producción, no de donación amorosa. Sólo que tal actitud no es fruto de una perversidad ideológica a lo Gobbels, sino que está enmascarada bajo la «buena intención» de tener un hijo. Pero el propósito está corrompido en su fundamento porque implica, de hecho, la prevalencia del deseo de los padres sobre la persona del hijo.

Éste es el riesgo que señaló en 1987 la Iglesia católica en el documento *Donum vitae*, cuando advertía que el deseo de los padres de tener un hijo no justificaba la FIV. La persona, se decía allí, «no puede ser querida ni concebida como el producto de una intervención de técnicas médicas y biológicas: esto equivaldría a reducirlo a ser objeto de una tecnología científica». Mantenía que «el hijo no es algo debido y no puede ser considerado como objeto de propiedad: es más bien un don», y advertía al legislador que, por este camino, «el eugenismo y la discriminación entre seres humanos podrían verse legitimados».

Entonces la postura de la Iglesia suscitó críticas por oponerse al legítimo deseo de los padres, y sus temores fueron calificados de infundados. Hoy esos riesgos se están haciendo realidad y algunos quieren echar el freno. Pero es más fácil no tomar un camino equivocado que intentar frenar cuando se va embalado cuesta abajo (Rafael Serrano, *ACEPRENSA*, 173/1997).

• El informe Kinsey, un «bluff» científico

Para recopilar datos, el sexólogo entrevistaba a personas con conductas sexuales atípicas.

Sexualidad

El célebre informe Kinsey sobre la sexualidad del varón dio carta de normalidad en 1948 a conductas que hasta entonces se consideraban infrecuentes y proporcionó a su autor la aureola científica de sexólogo. Pero una minuciosa biografía ahora publicada aporta las pruebas de que Kinsey interrogó a personas de conducta sexual atípica, sin respetar las reglas de una auténtica investigación científica. Kinsey sale bastante malparado, como hombre y como sexólogo.

Si alguien sigue repitiendo que el 10 % de la población es homosexual es porque lo dijo en

1948 Alfred Kinsey en el célebre informe que lleva su nombre, y porque desconoce el informe de la Universidad de Chicago, de 1994, que rebaja esa cifra hasta el 2,4 % (ver servicio 139/1994). Las afirmaciones y datos sobre el comportamiento sexual de los estadounidenses que difundió Kinsey fueron aceptadas de modo acrítico. Sus abundantes estadísticas daban la impresión de rigor científico. Pero como revela una documentada biografía realizada por James Howard Jones (*Alfred Kinsey: A Public/Private Life*, W. W. Norton & Company), los métodos de Kinsey no se atenían a las reglas científicas.

Con el respaldo de 12.000 testimonios que utilizó en su investigación, Kinsey concluyó que en la sociedad norteamericana eran habituales prácticas sexuales consideradas atípicas.

Su trabajo sobre la conducta sexual de los varones norteamericanos (1948) tuvo una acogida tan popular —200.000 ejemplares vendidos en seis meses—, que bastó para amordazar las críticas que algunos expertos hicieron entonces al método estadístico empleado.

Por el éxito del informe, Kinsey dejó de ser profesor de zoología y se convirtió en sexólogo. Se creó el Instituto Kinsey y en 1953 se publicó la parte del informe dedicada a la mujer. Kinsey falleció en 1956, pero los datos aireados por sus trabajos (acerca de la homosexualidad, la infidelidad matrimonial, etc.) han influido durante décadas en la forma de valorar los comportamientos sexuales.

Para escribir su biografía, James Howard ha trabajado durante 20 años y ha tenido acceso a todos los archivos del Instituto Kinsey. En su libro, Kinsey aparece como un obseso, que animaba a sus ayudantes y a sus esposas a multiplicar sus experiencias sexuales y practicar el intercambio de parejas, para tener material de experimentación. Jones asegura que Kinsey se propuso, como fin último de su informe, hacer aceptable la homosexualidad en la sociedad norteamericana y para ello utilizó una selección estadística acientífica. La muestra de las personas interrogadas en sus investigaciones no es extrapolable a la población estadounidense, porque el sexólogo prefería encuestar a gente que relataba sin rodeos sus experiencias sexuales, como sadoomasoquistas, homosexuales, travestidos y pederastas.

Jones cuenta también que el actual director del Instituto Kinsey, John Bancroft, reconoció en diciembre de 1995 que las observaciones sobre la sexualidad de los niños pequeños que difundió Kinsey no procedían de varios testimonios —como mantenía el sexólogo—, sino de uno solo: un pederasta acusado de abusar de 317 adolescentes (*ACEPRENSA*, 52/1998).

• Para no cerrar los ojos ante el SIDA

Contrapunto

El Día Mundial del SIDA de este año ha aportado un balance epidemiológico más inquietante que nunca. Las estimaciones de ONUSIDA y la Organización Mundial de la Salud hablan de 30 millones de infectados, casi un 33 % más que en 1996. Dentro de Europa, España es el país con más casos de SIDA por todas las vías de contagio, y esta enfermedad se ha convertido en la primera causa de mortalidad entre los varones de 25-44 años.

Los datos nos dicen lo que dan de sí las campañas de prevención hasta ahora realizadas. A estas alturas, la población tiene la información precisa sobre la gravedad de la enfermedad, las vías de contagio y los métodos preventivos, así como sobre los riesgos de conductas relacionadas con la toxicomanía y la promiscuidad sexual. Sin embargo, la epidemia no remite. Si ante cualquier otra enfermedad las campañas de prevención dieran resultados tan limitados, ya nos habríamos planteado la necesidad de nuevas estrategias. Pero, en el caso del SIDA, las campañas no se atreven a romper algunos tabúes que impiden ir al fondo de la cuestión.

El contagio está ligado a la conducta, y sólo un cambio de conducta puede prevenir el mal. Sin embargo, hasta ahora las campañas no se han centrado en cambiar las conductas de riesgo,

sino en seguir haciendo lo mismo, pero sin intercambiar jeringuillas o usando preservativos. Algunas campañas, como la última en España, hablan también a los jóvenes de retrasar el inicio de las relaciones sexuales y de evitar la multiplicidad de parejas. Pero casi de modo marginal, pues el mensaje sigue siendo que lo importante es utilizar el preservativo sin excepciones.

El mensaje del «sexo seguro» se intenta justificar apelando al realismo. Pero ¿son realistas estas campañas? A veces da la impresión de que el preservativo se ha convertido en el amuleto de los ritos de iniciación sexual de hoy. Se espera que, por el hecho de haber explicado a los jóvenes cómo utilizarlo y por facilitar que lo lleven en el bolsillo, va a protegerlos y a cambiar su conducta en un aspecto en que juega tanto la pasión. Pero, como han señalado algunos investigadores, «el empleo de preservativos requiere habilidad, madurez, disciplina, planificación, motivación. Los adolescentes, inmaduros, impulsivos y arriesgados, que buscan la satisfacción inmediata, no parecen buenos candidatos para adquirir y practicar estas cualidades» (cfr. Alessandri y otros, en *Linacre Quarterly*). También habría que preguntarse si el mismo tono de estas campañas, que extienden la idea de una trivialización de las relaciones sexuales, no contribuye precisamente a hacer más frecuentes esas conductas de riesgo que quieren prevenir. Lo paradójico es que en una época que busca a toda costa el «sexo seguro», nunca el comportamiento sexual de los adolescentes ha tenido más riesgos. Hasta el punto de que las más importantes revistas de Medicina se han ocupado de este problema de salud pública (cfr. servicio 9/1997), y los estudios confirman que la actividad sexual precoz suele ir asociada a ulteriores comportamientos de riesgo y a una mayor incidencia de enfermedades de transmisión sexual.

El propio Luc Montaigner, descubridor del VIH, advertía: «Estoy de acuerdo en que esos medios médicos (preservativos, espermicidas) no son suficientes. Son necesarias campañas contra prácticas sexuales contrarias a la naturaleza biológica del hombre, y sobre todo hay que educar a la juventud contra el riesgo de la promiscuidad sexual y del vagabundeo sexual» (Actas de la IV Conferencia Internacional sobre el SIDA, 1989).

Pero aunque esto venga exigido hoy por razones de salud, todavía hay reticencias para lanzar un mensaje con connotaciones éticas. En una reciente entrevista preguntaban al director de ONUSIDA, Peter Piot, si las sociedades con «valores sociales conservadores» eran más seguras en lo que se refiere al SIDA (*Newsweek*, 24-VI-1997). «Sí, respondía. Ciertamente, si todo el mundo practicara la abstinencia o la monogamia, un virus como el VIH no tendría ninguna oportunidad. Pero mi trabajo no tiene que ver con la moral. Se trata de proteger al público y a los individuos contra la infección; y asegurar que los infectados y enfermos tengan una buena calidad de vida y no sean discriminados.» Pero ¿a qué se puede apelar, si no es a la moral, para defender la no discriminación de los enfermos de SIDA y el elevado gasto que exige su atención? Porque no será a razones de eficacia, y si se considera imposible que un hombre sea fiel a una mujer, ¿es más realista pretender que no traicione al preservativo por ningún concepto?

• Un ideal de vida

Nuestra indefensión psicológica y moral ante el SIDA refleja las limitaciones de una mentalidad acostumbrada a confiar sólo en la técnica para problemas que exigen un cambio ético. Lo malo es que en este caso el remedio técnico es muy precario y el riesgo, mortal. Aunque sólo fuera por la precariedad de esta defensa, valdría la pena insistir en la importancia del esfuerzo educativo para promover, entre jóvenes y menos jóvenes, una visión de la sexualidad más acorde con la dignidad humana, como requisito necesario para una conducta sexual responsable.

Se acaba de reeditar ahora el sugestivo ensayo de Octavio Paz sobre el amor y el erotismo, *La llama doble*. El escritor mexicano se refiere allí, a propósito del SIDA, a la falta de autoridad moral de nuestra sociedad «para predicar la continencia, para no hablar de la castidad». «El Estado moderno, con buenas y malas razones, se abstiene hasta donde le es posible de legislar so-

bre estas materias. Al mismo tiempo, la moral familiar, generalmente asociada a las creencias religiosas tradicionales, se ha desmoronado. ¿Y con qué cara podrían proponer la moderación los medios de comunicación que inundan nuestras casas con trivialidades sexuales?». Esos periódicos que en sus páginas de salud sermonean sobre una conducta sexual «responsable» y en los anuncios de «relax» ofrecen riesgos excitantes de pago, o esas televisiones que hacen maratones de donativos en favor de la lucha contra el SIDA, mientras en el *prime time* las ficciones presentan la promiscuidad sexual como algo moderno y cotidiano.

«Quedan las Iglesias», sigue diciendo Paz. «En una sociedad secular como la nuestra, no es bastante». Y, cabría añadir, cuando las Iglesias intentan romper el tabú que impide hablar hoy de castidad, hay quien se escandaliza. «Fuera de la moral religiosa, que no es aceptable para muchos, el amor es el mejor defensor en contra del SIDA, es decir, en contra de la promiscuidad. No es un remedio físico, no es una vacuna: es un paradigma, un ideal de vida fundado en la libertad y en la entrega.»

Un paradigma atractivo que nos cuesta seguir. Este ideal de vida por el que un hombre y una mujer se dan mutuamente, en cuerpo y alma, con fidelidad y sin reservas, es una apuesta arriesgada. Pero sólo este «sexo inseguro» protege el amor, y de paso la salud (Ignacio Arécha-ga, *ACEPRENSA*, 177/1997).

2.3. AL FINALIZAR LA III PARTE

a) Voluntario. *De nuevo, los que quieran seguir leyendo buenos libros para profundizar en los temas que más le interesen...*

b) Voluntario. *Introduzca otro apartado en su carpeta, que contenga una plantilla con los siguientes epígrafes: **completamente necesarias/ bastante importantes/ útiles para todos/ útiles sólo para algunos/ inútiles, triviales/ inadecuadas, morbosas, dañinas.** Al leer la prensa, vaya haciendo una contabilidad y eligiendo ejemplos significativos para cada uno de los apartados.*

c) Obligatorio. *Lea detenidamente el siguiente artículo y escriba otro parecido, con sus propias reflexiones y con ejemplos de su país.*

- «Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza»
(CHARLES PÉGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*).

Una de dos: o la felicidad tiene poca y mala prensa, o la prensa tiene poca y mala felicidad. A ver si me explico. En principio, en principio, digo, convendría desconfiar tiernamente de todas esas proclamas sensibleras que buscan inundar a los medios de comunicación con sólo buenas noticias, como si el mal y sus dolores no fuesen parte de la existencia, como si no pudiéramos obtener beneficios de su conocimiento. Exculpar al mensajero es un consejo prudente, más digno de ser atendido que su contrario. Ahora bien: una cosa es evitar las miradas ingenuas y triunfalistas, y otra cosa muy distinta es celebrar la tristeza, proponiéndola como destino inexorable de todo esfuerzo que se precie. Exculpado el mensajero, esculpido el mensaje en esa aparente inmovilidad de estatua con la que irrumpen las desgracias.

Decía Hegel que la Razón es astuta. Pero Arthur Bloch prefería adscribir la astucia a la Esperanza. Así, a una Razón astuta que no parece haberse esmerado en sus porfías ni en sus logros, sucede una Astucia de la esperanza con rostro mucho más amable. Entonces, y si escasean como nunca los ceños risueños, tal vez resulte que el difícilísimo momento que vive la Argentina sea, en buena parte, un momento sin Esperanza. Una época en la cual lo razonable —astuto o no— pareciera sentirse a dudar de la Esperanza misma.

Pues bien, me permito criticar severamente este último enunciado. Lo irrazonable —hoy más que nunca— es dudar de la Esperanza. O convertir a la Esperanza en duda sombría. Y si de algo, algo, «alguito» puede responsabilizarse al periodismo (argentino) contemporáneo por tanta negrura, es por su compulsiva tendencia a escenificar todo infortunio, a maldecir el presente, a prodigar a los públicos una apoteosis de la tristeza y del cinismo, a enarbolar las banderas de un fanatismo derrotista.

Porque, vamos a ver, a lo peor nos creemos que los medios son los únicos actores sociales que no tienen arte ni parte en esta romántica atracción nacional por el abismo. Y vaya si la tienen. La tienen, y mucha. ¿Cuál? Me permito una conjetura infundada. En uno de sus poemas escribe Rainer María Rilke que «la belleza es el comienzo de lo terrible que podemos soportar». Luego lo terrible mediático que debemos soportar es la consecuencia, lo que queda, una vez secuestrada la belleza. Que sí: que bebemos/vivimos de un periodismo de la posbelleza. Y un periodismo de la posbelleza es, de alguna manera, un periodismo de la posfiesta, un periodismo que amortaja el eclipse de la alegría.

(Respiro y sigo.) En uno de sus ensayos más desveladores, afirma Josef Pieper que «sólo un trabajo lleno de sentido puede ser suelo sobre el que prospere la fiesta». O sea: que si el periodismo ha perdido su sentido y misión (o si su presente misión es mera sumisión a la negatividad de lo real), quizás haya perdido la capacidad de entregarnos un escenario abierto a la belleza que conmueve y da esperanza.

Cuando las cosas van mal (o muy mal, o no todo lo bien que pudieran), o (sólo) cantamos infortunios, o (también) convertimos a los medios en un terreno fecundo desde el cual alumbrar optimismos. Lamentablemente, los medios parecen haber elegido la primera de las opciones, que es la más fácil, la más cobarde. Como si la ortodoxa interpretación de las leyes del mercado —«es lo que (dicen que) el público quiere»— les exigiera mostrar un mundo regido por las leyes de Murphy. Como si el universo estuviera cimentado en grandes frustraciones y no en pequeñas, cotidianas y heroicas fidelidades.

Don Renato Descartes daba por bueno aquello del «pienso, luego existo» (*cogito, ergo sum*), haciendo pender la existencia del acto de pensar. El cogito mediático es el *cogito, ergo zoom*, cual si toda racionalidad del cuarto poder dependiese de la capacidad de mostrar la tiniebla con lente de aumento.

Y no es que la Pantera Rosa deba venir a salvarnos a golpe de pintar el presente de colores que no tiene. La Argentina padece, y negar que el país se resquebraja en sus dolores sería de una irresponsabilidad inaudita. Pero creer que la única creatividad posible estriba en llevar melancólicamente la cuenta de las penas no acerca a los medios a las víctimas, sino a los cómplices. Y ojalá les duela (Carlos Álvarez, Observatorio de la comunicación, 25 de mayo de 2001).

2.4. AL FINALIZAR LA IV PARTE

- a) Voluntario. *Aquí también hay buenos libros que le pueden ayudar a profundizar...*
- b) Voluntario. *Busque el documento «Ética de las comunicaciones sociales» del Consejo Pontificio del ramo (año 2000, múltiples ediciones). Lea lo que dice sobre Internet o la «web» e incárdinelo en el texto del manual.*
- c) Obligatorio. *Lea de nuevo el capítulo sobre la radio. Elija dos programas radiofónicos similares en distintas cadenas. Analícelos y escriba sus conclusiones.*
- d) Obligatorio. *Lea detenidamente estos dos artículos del eminente profesor Rodríguez Adrados y la reflexión que el profesor Alberto Miguel Arruti ha realizado y puesto por escrito expresamente para este manual. Compare sus argumentaciones y datos con los que ha estudiado en el capítulo correspondiente del libro y hemos considerado en clase. Reflexione una vez más sobre el tema, y escriba su propio artículo.*

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

LA CULTURA Y LOS NUEVOS MEDIOS INFORMATIVOS

La vida cultural debe mucho a la prensa diaria y a las revistas y publicaciones periódicas en general. El problema que se nos plantea ahora es el de su relación con los nuevos medios, de la televisión a la Internet, de los CD-Rom a las bibliotecas informatizadas. Son un saito prodigioso, pero también un motivo de perplejidad y de riesgo.

Podemos contemplar desde nuestra casa los más bellos paisajes y monumentos, el mundo animal y vegetal, los más dramáticos momentos de la historia viva o del deporte, la música o el teatro y cine más excelentes. Bases de datos que se hacen accesibles nos permiten encontrar información completa sobre el léxico de una lengua o sobre toda clase de temas.

Podemos averiguar instantáneamente en qué biblioteca se encuentra un libro, podemos o podremos pronto ver en nuestra pantalla cualquiera de sus páginas.

Parece como si tuviéramos el mundo en nuestras manos. Pero siempre dentro de un gigantismo en el que es fácil perderse y dentro de una inmensa masa igualitaria y, con frecuencia, más que mediocre.

Por ejemplo, dicen que el niño americano (y quizá no solo el americano) consume ante el televisor tantas horas como en la escuela. Y en cualquier televisión hay esa inmensa masa de mensajes que no nos conmueven y que, con frecuencia, presentan los aspectos o más triviales o más sórdidos de la humanidad. ¿Cómo separar el metal precioso de la ganga, cómo evitar el inmenso consumo de tiempo, la mentalidad pasiva que la TV infunde?

Se introduce en las clases: ya algunos se imaginan el panorama de cada niño con su ordenador recibiendo imágenes varias, el profesor atendiendo tan sólo a consultas, todo interactivo.

Junto a los aspectos positivos no puede olvidarse que lo que resulta es un caleidoscopio cultural, un saber y no saber, sin tiempo para estudiar, leer, pensar, asimilar esquemas generales, situarse en el tiempo y el espacio de nuestra cultura. No puede negarse que hay mucho de aventurismo pedagógico en todo esto, cuando no intereses comerciales para vender más y más máquinas.

No estoy haciendo críticas concretas a nada de nuestro país, hablo en términos generales. Vaya uno donde vaya la TV es prácticamente idéntica y aquí mismo bien poco ha cambiado de un gobierno a otro. Pienso a veces que McLuhan tenía razón cuando decía que es el medio el que impone el mensaje.

Cada vez que he ido a debates en radio o TV he vuelto insatisfecho. Esos medios no son aptos para exponer un pensamiento matizado, con calma y reflexión. Hablas coaccionado por el tiempo, los desvíos e

interrupciones, la sensación de que cosas difíciles deben ser brutalmente simplificadas. Y para jurados del caso Simpson sólo admitieron a gente que toda la información la recibía de ese medio. Y dicen que es el público, la audiencia, el que impone los programas, que previamente han degradado su gusto.

En suma, hay posibilidades inmensas casi siempre aplastadas por un marco, el medio. Y que será cuando tengamos cincuenta o sesenta canales, muy pronto, cómo elegiremos, cómo asimilaremos?

El panorama se repite una y otra vez cuando pasamos a otras caras de la nueva información. Grandes bancos de datos que conocen que recogen masas inmensas de información, sobre todo lo escrito en las grandes lenguas de cultura, para poder, desde ellas, estudiar el léxico, la gramática, los hechos literarios y culturales, chocan al final con el mismo problema: el gigantismo, el no saber qué hacer, en definitiva, con todas esas inmensas masas de materiales. Agotarian las fuerzas, el tiempo, el dinero de cualquier equipo.

Y leer, simplemente, cualquier libro en nuestra pantalla será una maravilla, un asombro. Pero somos seres humanos limitados. ¿Cómo elegir, cómo no perdersnos? Cierto, no es imposible compaginar esto con la lectura morosa de un buen libro, haciéndolo nuestro.

Y en Internet, igual, tiempo inmenso navegando, anuncio de infinitas especialidades e infinitas trivialidades, infinitas parcialidades y fanatismos difíciles de juzgar a simple vista. Ganancias con un precio.

Ocurre que el exceso de información mata la información, la ahoga al destruir la jerarquía, al exigir un raro ojo que discrimine. Ahora mismo, las masas de informes ahogan la capacidad de decisión de empresas y gobiernos que, a veces, desechan lo más importante. Hay el clásico problema del espionaje: informaciones esenciales enviadas por los grandes espías de la Segunda Guerra Mundial, así las de Eppler y Sorge, los espías alemanes en El Cairo y Tokio, se perdieron en las mesas de los despachos de Berlín.

Y si así ocurre con los gobiernos y sus agencias, también con empresas que son casi gobiernos o más que gobiernos, ¿qué ocurrirá con el hombre común, qué ocurrirá con el niño?

Es un mundo en expansión difícilmente regulable, aunque algunos gobiernos lo intentan. Ha tenido el éxito de penetrar fronteras antes impenetrables y provocar cambios políticos, así en la antigua Alemania del Este y hoy en Albania, que

mira extasiada a la TV italiana.

El atractivo, el gancho de los nuevos medios pasa una vez más, de lo excesivo a lo mediocre, pero actúa en todos los casos. No

es sólo esa alegría faustica de encontrar lo inencontrable, ver lo que antes era un plano oculto. Es, también, ese mundo empujado de bellos automóviles, bellas mujeres lujos, todo fácil, todo asequible, paraíso terrenal que a los unos les hace más fácil la vida, a otros les impele a acercarse a él, a cualquier precio. Y que fabrica un mundo diferente, bien lejos de nuestros valores antiguos, nuestros antiguos esquemas.

En este sentido hablaba yo de la cultura, en el título de este artículo, en el más amplio, en el de la suma de los valores comunes de una sociedad, esos valores que la educación tiene el deber de transmitir a las generaciones nuevas. No en el sentido de esa culturilla o culturilla que esos medios nos infiltran, la cultura plana en que todo es igual a todo.

Estamos en una situación difícil, ¿cómo negarnos a abrirnos al mundo nuevo que se nos ofrece? Pero, ¿cómo renunciar a unas ideas nuestras de ideas sobre nuestra historia, nuestro ser, el mundo dentro del cual significamos algo?

Y he hablado de cultura, pero también ha de hablarse de política, que es parte de la cultura, por supuesto. Dicen que con estos nuevos medios será posible volver a la antigua democracia directa, votar desde casa, en referéndum, sobre los grandes problemas, apretando botones. Y son grandes problemas tan complejos, tan difícilmente inteligibles y fácilmente distorsionables!

Las modernas democracias, desde la americana, han puesto filtros para la conformación de opciones dentro de círculos capaces de darte respuestas racionales. Ponerlo todo en la calle, al alcance de cualquiera en cualquier momento, tema a tema sin una filosofía coherente, resulta suicida. Porque al pasar al mundo de la acción, que es el de la política, los riesgos aumentan para todos, se hacen inminentes.

Información que amplía, pero también mata, el conocimiento, igualdad que abre ventanas, derriba barreras, pero asía y trivializa, quita toda perspectiva. Libertad susceptible de confundirnos subliminamente dogmas —como el de lo políticamente correcto— que matan en definitiva la libertad. Y que otras veces nos deja, simplemente, solos en el momento de la elección. Siempre lo ha estado el hombre, pero las elecciones son cada vez más difíciles.

No se trata de condenar sin más ni de censurar y prohibir, aunque algo podría mejorarse. Se trata de hacernos conscientes de cómo son las cosas. Y todo esto ha sólo empezado.

MODELOS

Francisco RODRIGUEZ ADRADOS
de la Real Academia Española

El otro día presentaba su espectáculo por la Compañía Nacional de Teatro Clásico del Hamlet de Shakespeare. Hermosa retórica de raíz latina, como la del Julio César. Hermosas máximas de raíz greco-oriental. Un modelo para la sociedad isabelina.

O mejor, varios modelos. El del valor masculino. El de la reflexión sobre la vida y la muerte, la virtud y el vicio, el crimen y el castigo. Los hombres y las mujeres, el poder y todo lo demás. Modelos para el pueblo, variopinto que seguía al dramaturgo en el teatro.

Estoy trabajando estos últimos meses sobre obras traducidas al castellano por Alfonso X el Sabio. Traducidas del árabe, pero, en último análisis, obras griegas: *El Libro de los Buenos Proverbios*, *los Bozados de Oro*, *Paridad de Pericles*, *La doncella Teodor*. Allí se concentra la sabiduría antigua sobre el tema de Aristóteles y Alejandro, las máximas de los filósofos, la doncella que demostraba con su sabiduría a los sabios. Esa sabiduría antigua —socrática, platónica, estoica, cínica, cristiana— forma al final un todo.

Es la que resucita en Shakespeare. Sin ella nada sería Shakespeare ni el universo de su tiempo. Hamlet diseña sobre la fragilidad de la vida y la conciencia, Ofelia sobre el amor, el sepulcero sobre la muerte. Todo tiene raíces antiguas, todo forma un todo.

Y un modelo. Los hombres precedimos sus modelos, para seguirlos y para rebelarnos contra ellos. Pero, ¿cuáles son los nuestros modelos?

Me tienta contestar, no en forma enteramente exacta, que los de la televisión. Voy a un pueblo retirado y lo encuentro enzado de antenas; ahí está la norma, lo que debemos conocer, pensar y no pensar. Nuestro amo o el que pretende ser nuestro amo. Terrible. El libro, el teatro y la predicación era un influjo limitado; este es omnipresente.

¿Y qué hallamos cuando abrimos el dichoso aparato? Mujeres semavestidas que, entre copas, abren la boca para decir «poder» o «muerta». Individuos de paciencia calada. Violencia, repetidas hasta la náusea, ahí están las persecuciones de automóviles con choques y disparos, arden y explotan al final. Ni sabemos por qué son un fin en sí. O ahí están los policías y sus rivales tan corruptos unos como otros. O los concursos «matronas que tienen cualquier tontería maliciosa, gente atenta a la fácil ganancia. ¿Qué emoción cuando al fin sale el coche? o el «Gran Hermano».

O chismes tontísimos, los consabidos ligues (pagados) de los llamados famosos. O un partido cualquiera de fútbol o de lo que sea, que nos coque descolocados, no tenemos ni idea, pero nos relaja porque, al menos, no vemos a esos tipos desagradables. Pero, ¿a) cuando en vez de dar



patadas, hablan los futbolistas.

Y todos a beber, a disparar, al sexo libre. Esos son nuestros modelos. Los de la gran literatura, son, para pocos. Aunque de tarde en tarde, se deje un hueco para el bueno.

¿Qué quieren que les diga? A mí esto me da miedo. Abre el televisor para relajarme, a las nueve o diez de la noche. Salto de una a otra cadena. Lo apago.

Claro que, me dirán, esto no es todo. Puede haber las noticias, que nos caucan lo que les interesa. O un rápido pasaje arqueológico o por la fauna y sus amores. Algún informativo, algún musical. Todo caideoscópico, suma de imágenes, salto de una cosa a otra.

Y esto es aquí y en todas partes: lo piden el público y el medio, dicen. He visto la televisión en muchos lugares del mundo y es siempre algo parecido, aun-

que quizá no tan extremado, en parte alguna, como en España. Claro, también he visto otra diferente, en el Irán: ayatollahs, mujeres tapadas. Tampoco se la recomiendo.

«Cómo va a luchar la escuela, en tiempos escasos, invadida por mil excentricidades, a su vez, contra todo esto? (O la Iglesia? Las verdades de Hamlet, ¿quién las dirá? Huidmos de los temas profundos, nos contentamos con imágenes, erotismo y coches de lujo, cocinas relucientes, desandevantes. Eso sí, crímenes horribles de cuando en cuando, declaraciones de políticos, algún bello paisaje.

Si la vieja moral, de raíz, entre griega y cristiana, parece que se hunde, salvo a efectos sociales y legales, importantes de todas maneras, ¿qué otra va a sustituirlo? Porque no todo puede ser consumo y sexo, velocidad y desodorantes, gotas para

despejar la nariz.

Este tema, de los modelos es importante. Afecta también al vestido, a la forma de habitar, a los objetivos deseables. ¿Es que nuestro modelo van a ser esos jóvenes felices y jovencitas, esos policías y ladrones, esos que pasan de un lugar a otro, esas guerras llenas de miseria y auyentes de heroísmo? Los americanos han reservado un hueco al heroísmo, al salvador de la patria, al defensor de la moral. Aquí todo eso parece permitido.

Y tenemos, sin embargo, una sociedad conservadora, superficialmente conservadora: tras una serie de locuras, guardamos las formas. Algo es algo, quizá no suficiente.

Este es el problema de nuestra sociedad: la alegría externa, el absurdo mundo interno, el puro consumismo. Sin violencia, nos dicen, no se venden los programas. Sin tonitos anuncios, nos dicen, no se venden los coches ni lo demás. Pero quizá eso no sea tan cierto. Quizá el público no sea tan tonto, anhele otras cosas.

No se trata sólo de la moral cristiana que era violada (pero con máximas intenciones). La moral laica, como la de aquellos ilustracionistas, está en el otro polo de eso que vemos: abierta a todas horas. (O que se nos ofrece cuando abrimos el aparato. Si lo vemos o no, es otra cosa. Yo apenas sé leer.)

Has sabido decir que no tiene tanta transcendencia, es «entertainment», entretenimiento: los americanos han convertido el drama y la comedia en entretenimiento. Que no dice nada sobre nuestro yo profundo. Que hay un abismo entre ese mundo y el nuestro.

Así lo creo o quiero creerlo. Pero algo se nos infiltra de ese mundo. Los niños que matan por imitarlo son buen testigo. Y no me digan que el mundo de la pasarela y la moda no es un modelo para tantas jovencitas despiadadas.

En fin, cada edad ha tenido sus modelos. Estaban en el teatro, en los libros, en la predicación. O en la contestación a esa predicación. La moral convencional era violada, maldada a veces. Pero eso daba lugar a reflexiones profundas; no ya en Shakespeare, también en los románticos y en los grandes novelistas del siglo pasado (quiero decir, del XIX).

Todo esto otro es intrascendente: está en la pantalla, otra cosa vendrá en el momento, a lo mejor un monumento arqueológico, o las noticias o el tiempo (lo más interesante en fin de semana), o el amor de los amantes.

Vama mente líbil y mutable, pasiva, que vama sin organizar, que ve sin juzgar, que asimila sin darse cuenta, que aspira antes que nada a superficies y máscaras brillantes, parece que es el resultado. Yo parece que esto sea un gran progreso del hombre.

(O todo esto lo desechamos, es cosa de pasar, conservamos aún la capacidad de pensar, de elegir, de rechazar, de amar? Sí, duda que sí, pero cada vez es más duro y difícil).

Cambio de siglo, cambio de milenio, «la hora es grande, pero los hombres son pequeños», las famosas palabras de Winston Churchill cobran actualidad. Norteamérica como imperio, Europa entre Estados Unidos y Japón, Iberoamérica sin rumbo, China y la India como centros de poder con todos sus problemas, el nacionalismo vasco pidiendo la independencia y todo ello en el seno de una revolución tecnológica, la tercera revolución industrial, sin precedentes en la Historia. En un momento en que se habla de la clonación, en que la clonación humana puede ser pronto una realidad, cuando las leyes que la prohíben pueden empujar la investigación a laboratorios clandestinos, con unos costes iniciales no excesivamente altos, y cuando desde los teólogos, los moralistas y los juristas se preguntan sobre las consecuencias de la misma, cuando sabemos que, desde 1950, la potencia de los ordenadores se ha multiplicado aproximadamente por 10.000 millones y la tecnología del ordenador no ha hecho nada más que empezar, la presencia de los medios de comunicación se hace viva, imprescindible y necesaria. Siempre han sido tiempos de una época y ahora lo son de una época, especialmente convulsa.

Pero también los medios de comunicación padecen el impacto de la técnica. Un columnista del Washington Post, Charles Krauthammer ha escrito: «Imaginemos qué pensaron en 1896 los herreros cuando alzaron la vista y vieron el primer automóvil. Lo sé. Soy columnista de un periódico en 1996, y desde hace seis meses he probado Internet. El futuro, en cualquier caso, el mío, es sombrío. El futuro no está en la letra impresa.» Cuando la televisión inicia una revolución tecnológica sin precedentes, en la que la palabra digital es la clave, pues una señal binaria, enviada en paquetes de unos y ceros, puede ser manipulada en miles de formas con objeto de cambiarla, televisión y ordenador constituirán un híbrido, que podrá conectarse a Internet, haciendo la televisión digital totalmente interactiva. En este tiempo nuestro, dominado por la técnica en la que las palabras de Ortega aparecen como bastante confusas: «El hombre no tiene empeño alguno por estar en el mundo. En lo que tiene empeño es en estar bien. Sólo esto le parece necesario y todo lo demás es necesidad sólo en la medida en que haga posible el bienestar. Por lo tanto, para el hombre sólo es necesario lo objetivamente superfluo. Esto se juzgará paradójico, pero es la pura verdad. Las necesidades biológicamente objetivas no son, por sí, necesidades para él. Cuando se encuentra atendido a ellas se niega a satisfacerlas y prefiere sucumbir.»

Y, en este mundo, la televisión aparece como la protagonista de los medios de comunicación. ¿Estaremos asistiendo al principio de su declive? ¿Podrá soportar el impacto de las nuevas tecnologías? ¿Cómo se transformará? Dejando a un lado todos estos interrogantes, lo cierto es que la televisión en sus aspectos informativos, o de entretenimiento, es el principal medio, de nuestros contemporáneos. Además, el consumo de televisión va en aumento. En 1990, en España se cifraba en 184 minutos al día, nueve años más tarde, en 1999, el consumo es de 213 minutos también al día. Pero ¿de qué informa y cómo informa la televisión? Debemos subrayar la gran dificultad de informar. Una realidad tan compleja, como la presente, resulta prácticamente inabarcable. Aquellos inocentes «hinchatelegramas» se han visto sustituidos por el «gatekeeper», el seleccionador de la información, el que dice qué temas van a ser tratados y cuáles no. Además, la televisión, como los demás medios, se nutre de las agencias de información. Éstas suministran el 80 % de los contenidos. El resto, es decir, el 20 %, pertenece a la elaboración propia del medio. Por si todo esto fuera poco, la información en televisión debe llevar imágenes. Lo contrario, son cabezas parlantes haciendo radio. Pero no siempre es fácil tener imágenes. Porque las agencias de filmados no las suministren. Porque el acontecimiento noticiable se haya producido, en unas circunstancias, que han hecho imposible su filmación. Y estas noticias, de no ser muy importantes, con frecuencia se desechan, ante el temor de ser acusados de no hacer televisión.

Hecha esta salvedad, el fantasma de la desinformación planea sobre la televisión como sobre los demás medios. Y, ¿qué es la desinformación? Es la tergiversación de la realidad, hecha de una forma deliberada, con el fin de satisfacer una tendencia ideológica, un interés económico, una situación política, o el simple dejarse llevar por la corriente, por la opinión pública, o por los prejuicios de un país o de una época histórica determinada. Se puede desinformar de

diversas maneras. Lenin escribía: «Contra los cuerpos, la violencia, contra los espíritus, la mentira.» Una de las maneras de desinformar consiste en aportar grandes cantidades de información, sin una selección previa. Alberto Moravia ha escrito sobre esta cuestión. Se aprovecha así del poco tiempo, que tiene el profesional de la información, para leer todo lo que le han dado y se limita a hacer una información con el resumen de lo que el propio protagonista del hecho noticiable desea o quiere, que se dé a conocer al gran público.

Y no digamos cuando se trata de imágenes, sean éstas fijas o en movimiento. Nos viene a la memoria una cita de Susan Sontag: «Una sociedad se vuelve "moderna" cuando una de sus actividades principales es producir y consumir imágenes.» Qué lejos quedan los tiempos de Nicéforo Niepce, el inventor del aparato fotográfico, cuando afirmaba que se trataba de «un aparato para reproducir lo real». Hoy con el «Digital Retouching Equipment» (DRE) se pueden hacer retoques sin dejar el menor rastro.

La cámara de cine o la de televisión es, además, de un artificio técnico, mucho más. Esto lo supieron ver los primeros grandes directores de cine. La cámara es un elemento estético, que crea un lenguaje, el lenguaje cinematográfico, que no es la realidad, por eso, precisamente, es un arte, porque es la realidad vista a través de un temperamento. *Reflexiones de un cineasta*, de Sergei Eisenstein, es una prueba de ello. Precisamente, en relación con la cámara de televisión, Millerson, el tratadista más estudiado, dedica un capítulo entero al «poder persuasivo de la cámara». Todo ello no presenta ningún inconveniente cuando se refiere a la ficción, pero estas técnicas y estos conocimientos se aplican también cuando se trata de los informativos. Podríamos citar multitud de ejemplos. Nos viene a la mente uno de los más repetidos: las manifestaciones. ¿Cuántos han acudido de verdad a la misma? Se recogen datos de la policía y de los propios manifestantes. Evidentemente, no coinciden. Los planos, que toma la cámara, reflejan el escaso número de asistentes o el gran número de los mismos, según se manejen las cinco variables, que condicionan la imagen en televisión y que son: encuadre, campo, ángulo, movilidad y duración. Porque el plano (serie de fotogramas impresionados con continuidad de tiempo) encierra multitud de posibilidades expresivas. Y estas posibilidades se basan en la realidad, pero no son la realidad.

Todas estas reflexiones las hemos hecho pensando en los informativos, una de las piezas clave de todas las televisiones del mundo. Pero no la única. La televisión es mucho más que información. Es también cine y diversión y... cultura. Tal vez sería más exacto haber escrito «debería ser» en lugar de «es» refiriéndose a la cultura. Es el mundo de la ficción. Aparentemente, inocuo, al margen de cualquier ideología, de cualquier concepción de la vida. Pero no es así. A través de la ficción se puede transmitir un mensaje. Y éste puede estar cargado de contenido ideológico. No olvidemos tampoco que la televisión es un negocio. Y un negocio duro. Exige cuantiosas inversiones. Y la forma de ingreso, casi la única, es la publicidad. Lo que obliga a complacer a las audiencias. Así, la televisión se ha convertido en el *panem et circenses* de nuestros días. Y han surgido los vendedores de la intimidad. Como se vende el talento, la fuerza física o el propio cuerpo, también se puede vender la intimidad. Pero no olvidemos que ya hemos entrado en la época, que vislumbraron Orwell y Huxley. Los países industrializados disponen hoy de sistemas, con los que pueden escuchar las comunicaciones, que viajan por los satélites. Estas «grandes orejas» pueden amenazar la vida privada de los ciudadanos. No hay que ir muy lejos. Por ejemplo, en el Périgord, en la llanura del Domme, al lado del aeropuerto de Sarlat, funciona un llamado, de una manera inofensiva, «centro radioeléctrico». Aquí, el espionaje francés, la DGSE, supervisa diariamente cientos de miles, quizás millones, de conversaciones telefónicas, de correos electrónicos y de fax. Ahora, según parece, los servicios secretos pretenden intervenir en los cables submarinos para conseguir también información. En un mundo, de esta naturaleza, no parece tener sentido hablar de intimidad, aunque hoy se distingue entre lo público, lo privado y lo íntimo. Ya en Hegel aparece clara la distinción entre público y privado. Lo público es el Estado, mientras que lo privado es la casa y la familia. La vida íntima es solidaria, cons-

truida a base de complicidades. Nadie puede entrar en ella sin nuestro permiso. Pero he aquí que ciertos programas de televisión se basan en la exposición deliberada de lo íntimo, que figura como una mercancía más. De esta forma, el espectador se convierte en un *voyeur*.

El mayor escándalo, en la pasada temporada y, en cierto modo, ahora mismo, lo ha constituido el *Gran Hermano*. Lo más curioso de este programa es que ha sido presentado como «científico», como un experimento «psicológico». No olvidemos que la ciencia constituye hoy uno de los mitos de nuestro tiempo. El hombre medio, el hombre de la calle, el espectador corriente de televisión cree, de forma más o menos consciente, que la ciencia puede resolverlo todo, explicarlo todo. No se da cuenta de que la ciencia no es nada más y esto es ya mucho, muchísimo, que una aproximación a la realidad. Que la realidad es mucho más rica y más compleja, que lo que nos pueda decir la ciencia. Dar a algo el adjetivo de «científico» implica darle categoría, sublimarle sobre las realidades vulgares y cotidianas.

Durante el pasado año, Telecinco superó a la primera cadena de Televisión Española, durante tres meses consecutivos, los de mayo, junio y julio, gracias al programa de *Gran Hermano*. Este año, el comienzo de *Gran Hermano* no ha evitado que los encuentros de fútbol de la selección española y la Liga de Campeones aparezcan como los espacios más vistos durante el mes de marzo. El primer puesto lo ocupó el partido en el que España derrotó a Francia. La audiencia superó los siete millones y medio de espectadores. El segundo puesto lo ocupó el encuentro entre el Real Madrid y el Leeds United, que sobrepasó la audiencia de seis millones y medio de espectadores. El tercer puesto fue también para una transmisión deportiva y el cuarto lo alcanzó *Gran Hermano* que el 28 de marzo alcanzó los 6.096.000 espectadores, con un 36,5 % de cuota.

Se puede utilizar el lenguaje como un instrumento de manipulación. También es cierto que al efectuar un análisis del lenguaje lo hacemos, aunque sea implícitamente, desde una ideología, o mejor dicho, desde una determinada cosmovisión del mundo. Aquí se manifiesta, una vez más, la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. El entomólogo que se aproxima, armado con un microscopio, a un determinado insecto, no ha prejuzgado nada, previamente, sobre el mismo. Su trabajo es una descripción. Y nada más. Nunca una interpretación. Cuando el prestigioso *Le Monde* llama a ETA «organización separatista vasca armada» presupone, de alguna forma, una cierta legitimación de sus hechos. El mismo periódico llama «jefes militares» a los terroristas corsos, con su secuela de atentados, asesinatos de funcionarios o de sus propios adversarios, dentro de las mafias independentistas de Córcega. El *New York Times* o la agencia REUTERS jamás emplean el término «terrorista» para designar a los autores de los crímenes de ETA, sino que los llaman «guerrilleros» o «activistas», que queda todavía más fino.

En otro orden de cosas, no hay duda que la palabra «aborto» es desagradable y tiene una serie de connotaciones tristes y lúgubres. Por ello, los defensores del mismo prefieren utilizar «interrupción voluntaria del embarazo», lo que resulta apto hasta para las señoras «bien pensantes». La píldora RU-486 parece tener la asepsia de la bioquímica y la «píldora del día siguiente» parece tener reminiscencias proustianas. Si Benavente pudo escribir que «el mejor día era la víspera de una fiesta», el «día siguiente» aparece como cargado de nostalgia y de dolor. Lo del «día siguiente», lo del «mañana», me trae a la memoria un programa de Televisión Española *La Caja de los Ritmos* de Carlos Tena, con actuaciones del grupo «Las Vulpes», formado por mujeres, que interpretaron una canción de la que copio tal vez la parte más fina: «Prefiero masturbarme yo sola en mi cama antes que acostarme con quien me habla del mañana.» Esta lindeza pertenece a los primeros meses de la Administración socialista.

Se ha dicho, con frecuencia, que es necesario tener periodistas independientes y con sentido ético. Los decanos de las Facultades de Ciencias de la Información, reunidos en determinada ocasión, se pusieron de acuerdo por unanimidad, en que en los estudios de estas Facultades debería figurar la asignatura de Ética como troncal. No me parece mal esta decisión, pero la juz-

go bastante inoperante. Yo aconsejaría esa asignatura a los presidentes de los Consejos de Administración de los cada día más poderosos y más concentrados medios informativos.

Y podríamos citar tal cantidad de ejemplos que, con los mismos, se podría escribir un grueso libro. En España como fuera de nuestro país, las cosas pasan en todos los países, aunque de distinto modo.

Pues, como ha dicho un pensador francés, el mundo actual está dominado por la mentira. Yo añadiría también por la zafiedad y el mal gusto.

ALBERTO M. ARRUTI

2.5. AL FINALIZAR LA V PARTE

a) Voluntario. *Mediante el procedimiento acostumbrado, elija un libro para pensar y saber más sobre el tema o los aspectos que más le hayan interesado.*

b) Voluntario. *Abra en su carpeta un nuevo apartado y divídalo en epígrafes correspondientes a las cinco funciones documentales que mejor pueden comprobarse a la hora de analizar la información. Vaya introduciendo ejemplos de su existencia y de su carencia.*

c) Obligatorio. *Lea detenidamente el siguiente artículo del rector de la Universidad Complutense de Madrid, Rafael Puyol. ¿Qué relación tiene con lo que se expone en el manual y hemos considerado en clase? ¿Podría resumir en cinco o seis líneas su tesis principal?*

• **Las ventanas del buen Dios** por Rafael Puyol, Rector de la Universidad Complutense

Hubo una vez un pintor discípulo de Rafael al que llamaban *far presto* y que no era un mal pintor. También Lope en horas veinticuatro pasaba de las musas al teatro y Voltaire habló del frenesí que le llevaba a hacer tragedias en quince días. Confesó a los condes de Argental: «Voy deprisa porque la vida es corta y tengo muchas cosas que hacer. Cada uno trabaja a su manera y hace lo que puede.» Así es, pero la prisa es mala consejera porque abole la continuidad del tiempo. La velocidad es la forma de éxtasis que la revolución técnica ha regalado al hombre. La velocidad y el ruido que la acompaña.

Los antiguos hablaban de la brevedad de la vida y de la eternidad de los momentos; a nosotros, por el contrario, nos obsesiona alargar la vida y acortar las circunstancias. La prisa, mas que ningún otro rasgo, es la característica más evidente de nuestra manera de vivir y, sin embargo, el disfrute de la vida y la capacidad de pensar son inversamente proporcionales a la velocidad. Nietzsche sostenía que los pensamientos más lúcidos e iluminadores nos llegan paseando y el sabio oriental Sankara sostenía que la iluminación sólo se adquiere sentados en la postura del loto. Pero nadie ha sostenido que se pueda pensar en nada que merezca la pena ser pensado mientras se conduce un bólido: eso es tan improductivo para el espíritu como peligroso para el cuerpo y la carrocería. El hombre encerrado en su bólido sólo puede concentrarse en el segundo presente y vivir en sí.

El caso es que nuestra civilización lleva prisa en las venas, como si nuestra misión en la vida consistiera en un proceso de acumulación vertiginosa de episodios banales, de emociones fungibles y de peripecias fugaces. Algunos analistas del Presente han bautizado este fenómeno con la etiqueta de «el imperio de lo efímero». Nuestro tiempo no construye pirámides o catedrales para desafiar a los siglos, sino máquinas que muy pronto se vuelven obsoletas. Vivimos en una sociedad mundializada presa de la prisa y con el pulso convulso y, por lo

tanto, huimos de la morosidad, de los tiempos lentos y de los adagios en los que se remansa la partitura de la vida. Nos atrae la velocidad, pero la velocidad desdibuja las formas; nada nos queda de un paisaje visto a doscientos por hora. La Tierra pierde su variedad, en avión desaparecen bajo nuestros pies los castaños y los robles, sólo queda el bosque.

Nuestros antepasados fueron auténticos maestros del ocio intransitivo, estaban maravillosamente dotados para la morosidad. Nosotros somos su contratipo, para muchos no hay dulzura ninguna en el farniente, que es sinónimo de abulia y de neurastenia. Nerviosos de temperamento, percibimos la lentitud como un anticipo de la muerte. Puesto que la muerte es la inmovilidad, el movimiento es la vida, de ahí que muchos concluyan que la gran velocidad es la gran vida. Hemos tirado por la borda la lenta parafernalia del pasado, los caballos, la vela, la cocina de fuego lento, la cortesía, el ir a pie. Sosiego, serenidad, contemplación son conceptos de otro tiempo o de otra cultura. O medievales o tibetanos. Sin embargo, cierto proverbio checo define la dulzura del ocio con una imagen atractiva: contemplar las ventanas del buen Dios.

Quien contempla las ventanas del buen Dios, es saludable: *Chi va piano va sano, e chi va sano va lontano*. Nosotros, por el contrario, preferimos la actividad ininterrumpida, aunque se trate de una actividad sin acción, de un movimiento que se justifica en sí mismo, como el baile de san Vito, o el continuo vaivén del rabo de la lagartija. El presente es el reino de los tiempos breves, pero la Naturaleza trabaja despacio, emplea veinticuatro horas para hacer una larva, pero veinte años para hacer un hombre y muchos miles de años para alumbrar una nueva especie. La Naturaleza es lenta, pero las máquinas, no. La máquina se ha convertido en una imagen ideal de nuestro paroxismo, nuestra impaciencia, nuestra ansiedad. De ahí deriva este mundo convulso, transido por la prisa.

Paul Lafargue elogió la pereza y Bertrand Russell la ociosidad porque sabían que la lentitud es el modo más natural de expresar la delicadeza. Kundera ha documentado el lazo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido: «En la matemática existencial hay dos ecuaciones elementales: el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria, el grado de la velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido».

Por eso estamos ante una verdadera industrialización del olvido. El reino de los *media* anula el tiempo en la vorágine de un discurso interminable. La bulimia de la inmediatez proscribió la vieja secuencia pasado-presente-futuro. La vida queda así desestructurada, abismada en el absurdo, nada se tiene en pie porque no tenemos tiempo de construir cimientos. Nuestro siglo ha sido el de la comunicación instantánea. En otras épocas, el tiempo fluía con tal morosidad que sólo mucho después se sabía lo que había pasado. Juan de Austria pudo arruinar en Lepanto la flota de Alí-Bajá y antes de que la noticia se extendiera se tuvo tiempo sobrado de encontrar la justificación a esa gesta. Hoy las masacres africanas llenan de actualidad el momento y provocan la reacción del mundo civilizado. Pero la sobresaturación de informaciones simultáneas provenientes de las cuatro esquinas del mundo provoca la indolencia por inmunización, el mareo ante la melopea descomunal de la hiperinformación. No es casualidad que la base de cálculo de la información sea el bit-segundo, es decir, la unidad de información por segundo. Tiempo e información están unidos. La duración se acorta. Nuestro siglo es el del infarto. Hemos entrado en el reino de la inflación de acontecimientos y hemos de integrar en nuestra cotidianidad el discurso incesante de la actualidad. Se acredita así la existencia del horno *mediaticus* conectado de manera pasiva y acrítica a la información. Aturdido por la espiral enfebrecida de las noticias, naufraga, sin orientación ni referencias, en el torbellino de la cantidad.

Hay un conocido experimento de teoría del aprendizaje. Se trata de que unas ratas salten desde una peana hasta un par de tarjetas. Hay una tarjeta blanca que está fija: si las ratas saltan hacia ella se caen al suelo. Pero si saltan a la otra, que es negra, ésta cae y las ratas pueden comer el alimento que se ha colocado detrás de la tarjeta. Las ratas aprenden a distinguir ambas tarjetas con facilidad. Pero en otra etapa del experimento se acorta el tiempo de percepción de las ratas cambiando cada vez más deprisa las tarjetas. En esa situación se inhiben y se niegan a

saltar. Si son desalojadas de su pedestal por medio de una columna de aire comprimido, su comportamiento se vuelve rígido y estereotipado. Saltan siempre alto y hacia el mismo lado.

Pues bien, de la misma manera que el comportamiento de la rata se vuelve irracional, compulsivo y neurótico cuando su tiempo de reacción se acorta, muchos hombres, al encontrarse frente a un mundo fragmentado y frenético, tratan de retirarse de él: si no pueden hacerlo, sus respuestas se vuelven poco racionales y a veces neuróticas. O sea, que hay un equivalente humano de saltar alto y hacia el mismo lado. El remedio sería cerrar las agendas y abrir de par en par las ventanas del buen Dios. (ABC, 25.VII.2000, p. 3)

2.6. Tras el epílogo

- Tras reflexionar sobre las propuestas del autor, escribíale figuradamente una «carta de contestación», y entréguesela a su profesor.

2.7. Trabajos finales

- Elabore un modelo informativo donde queden reflejados todos los elementos que se han considerado durante el curso. Explíquelo.*
- Enumere los principales conceptos y criterios que ha aprendido en la asignatura.*
- Haga lo mismo respecto a las actitudes y aptitudes personales que crea más haya desarrollado.*
- (Sólo para los que han hecho los trabajos voluntarios.) Entregue al profesor la carpeta y el fichero que ha ido elaborando durante el curso, y concierte una cita con él para comentarlos.*